

go Arroyo, hermano del popular y lamentado doctor Isidro Arroyo, mi venerado maestro y amigo. Su andar lento, su voz pausada y su marcado acento panameño, se hermanaban muy bien con el carácter del santo misionero.

Ya había hablado a usted de otras de las piezas que por entonces se representaban en los dos estudiantiles teatros, y así omitiré volver a mencionarla; pero no perdonaría usted que pasara por alto un episodio de suma gravedad que ocurrió en el último año de estas comedias, episodio que por su interés histórico merece repetirse, aunque ya lo he citado en época anterior. Bien sabe usted cuál es mi tema invariable: “¡Repitamos!”

ARTICULO XXIII

La república bartolina había elegido para su presidente al General Sucre, que al mismo tiempo, y no de burlas, era candidato para la presidencia de Colombia. Su popularidad era tal, que aún el mismo partido liberal de aquella época lo había adoptado, o por lo menos lo aceptaba por candidato, y era también el de Bolívar. Cuando el Gran Mariscal de Ayacucho fue por primera vez a visitar su república estudiantil y tomar posesión de su destino, llamó aparte a uno de los altos funcionarios de ella y le preguntó cómo marchaba ésta.

—Muy bien, le contestó. Todos los ramos de la administración se hallan en buen pie.

—¿Y el de hacienda?

—La hacienda es lo que menos bien anda; el Tesoro no cuenta con muchos fondos, aunque sí tiene crédito.

Entonces el General Sucre llamó a un asistente que había llevado exprofeso, y tomando de sus manos un grueso bolsillo lleno de onzas de oro, lo entregó a su interlocutor diciendo con reserva:

—Acepte esto la república, para sus primeros gastos.

Sucre era el caballero sin tacha, el tipo de la generosidad y de la hidalguía, llevada aquéllas hasta la prodigalidad. Tan desinteresado fue, que renunció su haber militar en Colombia, en favor de sus hermanos, que lo necesitaban, y de quienes estaba hecho cargo, y no hizo caso del que se le adjudicó en el Perú; desinterés de que sólo hubo otro ejemplo, el del general granadino don Pedro Fortoul. Siendo Sucre notablemente rico, andaba sin embargo, siempre escaso de dinero. Si aquel estudiante de antaño, al encontrar a Miguel de Cervantes en el camino, lo saludó diciendo: “Este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, el regocijo de las musas”, estos otros estudiantes podían haber dicho de Sucre:

“Este es el rico pobre, el mariscal indigente, el héroe modesto”, pues así se familiarizaba con ellos y los obsequiaba muníficamente cuando tal vez no tenía más dinero en su caja. De esta escuela del desinterés y de la nobleza fueron nuestros próceres, y lo fue en alto grado el mismo Bolívar, quien solía llegar a Bogotá, después de una campaña, con la casaca pegada a las carnes, y era preciso que sus amigos saliesen a comprar

camisas pra que se cubriese. ¿Con tales hombres no había de ser grande y bella Colombia?

Bolívar asistía a las representaciones dramáticas, y con este motivo recuerdo un incidente curioso.

La noche de la primera función estaba de guardia en la puerta del colegio el estudiante Rafael Eliseo Santander, que tenía un grado de oficial en la bartolina. A las ocho, más o menos, llaman al portón que estaba cerrado para evitar desórdenes.

¡¡Quién va a la guardia!!, pregunta con voz formidable y ya varonil, el oficialito Santander.

—¡El Libertador!, responde un edecán desde afuera, en tono familiar.

El oficial va a abrir prontamente la puerta gritando:

—¡Los de guardia, el Libertador! Hace formar ésta, se cuadra, saluda con la espada, pero no acaba de hacer los honores porque Bolívar, que venía acompañado del General Silva y otros, no lo permitió, rehusándolos amistosamente, y luégo subió al palco que le estaba destinado, conducido por numerosa comisión de republicanos estudiantes.

Bolívar y Sucre habían asistido ya a las representaciones de la *Atala* y el *Guatimocín*. El *Aquimín*, de Vargas Tejada, el *Delincuente honrado*, el *Castigo de la miseria*, el *Señorito mimado* y otras piezas. La última noche se daba en San Bartolomé la tragedia de *Orestes*, y era la oportunidad convenida por los enemigos políticos del Libertador, según se dijo entonces, para llevar a cabo un nefando proyecto. Por fortuna para to-

dos, cierto rumor que comenzó a correr por lo bajo puso en alarma al público, y las sospechas llegaron a tomar tales proporciones, que la representación hubo de suspenderse a tiempo, y uno de los actores salió a avisarlo a la concurrencia, pretextando un motivo cualquiera. No faltaban antecedentes que daban fundamento a estos temores, pues esa misma tarde había ocurrido un lance desagradable entre la guardia veterana que se dirigía a palacio y la del colegio, que se hallaba a su paso.

ARTICULO XXIV

Tiempo es ya de que volvamos a la época teatral de Nueva Granada, de 1833 a 1839, época de regeneración, o más bien de creación de nuestro teatro, pasando por alto aquélla en que el inmortal Chepe Sarmiento, portero vitalicio del Palacio del Presidente, era el rey de la escena, con su compañía formada de unos pocos aficionados de su misma estofa, es decir, sin la menor educación teatral ni literaria. Chepe Sarmiento era un hombre de edad, de pequeña estatura, grueso, muy moreno, de entonación y maneras sentimentales, y dotado de una pasión desenfrenada por el teatro. Para conocer a nuestro Talma basta saber que solía decir con un candor infantil: "Hace veinte años que soy atriz y todavía cuando salgo a las tablas me da un susto veloz." Su memoria era infeliz, y cuando se le olvidaba el papel